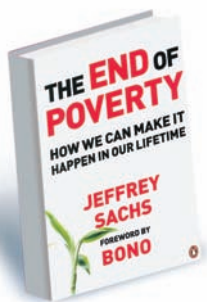


Jeffrey Sachs

The End of Poverty. How we can make it happen in our lifetime

Penguin Books, Londres, 2005, 396 págs.



José Antonio Alonso

Instituto Complutense de Estudios Internacionales (ICEI)

¿De la ciencia lúgubre a la ciencia ingenua?

Carlyle calificó a la Economía de ciencia lúgubre por la proclividad que tenía a convertir sus interpretaciones en prédicas cargadas de oscuras previsiones; y, más de un siglo después, Galbraith reiteró ese diagnóstico, refiriéndose a la Economía como una ciencia conturbada y más bien contrastada, por el gusto que los economistas tenían a adornar sus análisis con admoniciones y sombríos vaticinios. La verdad es que la historia del pensamiento económico no respalda semejantes calificativos. Es cierto que al pensamiento clásico lo recorre un tono de opinión más bien pesimista (piénsese en Ricardo o en Malthus), pero el optimismo inmoderado es, sin embargo, el signo más caracterizador del pensamiento neoclásico, que al fin y al cabo es el que domina el presente. Para este último, su infinita confianza en la capacidad autorreguladora del mercado hace que cualquier desequilibrio carezca de relevancia si se le otorga tiempo suficiente al espontáneo funcionamiento de las fuerzas del mercado. Al final, llegará el equilibrio y, con él, el pleno empleo de los recursos. ¡Para qué preocuparse!

De este modo la Economía entró en una deriva de simplificación notable, de estilización abusiva de las incómodas complejidades de la realidad social, hasta el punto de merecer más el calificativo de «ciencia ingenua» que de «ciencia lúgubre». Al tiempo que se procedía a esta reducción axiológica, la Economía fue cultivando un gusto por lo instrumental y por la formalización del lenguaje, que en ocasiones fue en detrimento de la relevancia de los temas objeto de su análisis. Es la «revolución formalista» a la que se refirió Leontief en su discurso como presidente de la *American Economic Association*. En su opinión, en los últimos tiempos la Economía parecía más preocupada por depurar su lenguaje formal que por conceder la atención requerida a los problemas económicos centrales que afectaban a la humanidad.

El libro que ahora se presenta puede pecar de la primera de las carencias señaladas, su posible ingenuidad (más adelante se volverá sobre ello), pero desde luego es imposible que caiga en la segunda, ya que pocos se atreverán a discutir la relevancia del tema que aborda: la superación de la pobreza mundial. Un tema, por lo demás, poco tratado en la investiga-

ción económica. Llama la atención que siendo la Economía una ciencia dedicada a explicar el progreso material de las sociedades, pocas veces aparezca la palabra pobreza en su discurso. Una paradoja que resulta más llamativa en el presente, habida cuenta del papel que la pobreza y la extrema desigualdad entre los pueblos y regiones tiene como uno de los rasgos más sobresalientes y desasossegantes de la realidad económica internacional.

De hecho, es la relevancia del tema que aborda uno de los primeros atractivos del libro. ¿Quién se resiste a leer un estudio cuyo promisorio título insinúa el camino para hacer de la pobreza una reliquia histórica? En un momento en que la comunidad internacional parece más comprometida que antaño por afrontar este problema, a través de los llamados Objetivos de Desarrollo del Milenio, semejante sugerencia aparece cargada de todo tipo de atractivos. La segunda razón para leer el libro está asociada a la trayectoria de su autor: uno de los economistas más relevantes del panorama internacional, que tras asociar su nombre a alguna de las más sonadas operaciones de estabilización y ajuste, tanto de América Latina (Bolivia), como de Europa del Este (Polonia y Rusia), apareció encabezando la *Macroeconomic and Health Commission*, creada a instancias de la Organización Mundial de la Salud, y, posteriormente, el *UN Millenium Project*, promovido por la Secretaría General de Naciones Unidas; un respetado profesor, con una larga trayectoria académica, que dirigió el Instituto de Desarrollo de la Universidad de Harvard y que ahora encabeza el Instituto de la Tierra, de la Universidad de Columbia. Aunque no es un estudio técnico, construido como está con un lenguaje deliberadamente accesible para todos, la relevancia del tema que aborda, lo oportuno del momento y la reputación del autor son factores que contribuyen a elevar el atractivo del libro.

Y lo cierto es que por la cantidad de información que proporciona, la diversidad de temas que trata y lo bien estructurado que está, el libro no defrauda ese originario interés. Mezcla de crónica personal, de interpretación de los problemas del desarrollo y de esfuerzo prescriptivo, el libro ofrece un recorrido temático de notable amplitud, en el que se abordan desde las operaciones de ajuste estructural a la reforma de las economías socialistas, desde el diagnóstico de los problemas de salud que padece África a la caracterización de la trampa de la pobreza que afecta a las áreas rurales y a los suburbios del mundo en desarrollo, y desde los costes que supone alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio a las tareas que debieran afrontar los donantes. Un amplio panorama, enriquecido con datos e informaciones relevantes, algunos de ellos obtenidos de primera mano.

Aun cuando el desarrollo argumental del libro se estructura en dieciocho capítulos, cabría dividir su contenido en dos grandes bloques, diferenciados tanto por su temática como por su propósito. El primer bloque está dirigido a dar cuenta de las operaciones de ajuste económico en que estuvo implicado el autor: algunas de ellas en las que asumió un papel protagonista (Bolivia, Polonia y Rusia) y en otras que siguió más indirectamente (India o China). Se trata de una parte interesante del libro por la información de primera mano que proporciona, pero que aparece lastrada por una visión excesivamente parcial y personalista de los hechos. Un defecto que por momentos traslada la cargante sensación de una asimétrica distribución de méritos que hace que todos los aciertos se deban a la pericia o perspicacia del autor, mientras las limitaciones o no se mencionan o son de respon-

sabilidad incierta. La incómoda impresión que uno extrae de estos capítulos es que los países afectados «tuvieron suerte» de que pasase por allí un personaje llamado Jeffrey Sachs, que aportó aquellos argumentos y soluciones que a nadie se le habían ocurrido antes.

En todo caso, de la lectura de estos capítulos emergen tres conclusiones de interés. La primera alude a la discutible profesionalidad con que actuó el FMI en todas estas operaciones. No es un diagnóstico nuevo: Stiglitz se encargó de denunciar el exceso de doctrinarismo (sectarismo, cabría decir), las ocultas motivaciones y la limitada competencia demostrada por el FMI en su labor de asistencia a los países en desarrollo. Ahora es otro autor reputado y poco sospechoso de radical el que nos confirma ese juicio, ofreciendo nombres, lugares y circunstancias. De hecho, uno extrae la conclusión de que no sólo el FMI carecía de la capacidad para generar un diagnóstico y una terapia adecuadas, sino que además sus recomendaciones respondían a intereses bien definidos e identificables, asociados a la Banca y al Tesoro norteamericano. Lo que cuestiona su papel como institución de gobierno multilateral.

La segunda conclusión alude a la interesada ceguera que los donantes han manifestado en relación con el tratamiento de la deuda externa del mundo en desarrollo. La rigidez frente a este problema, negándose a operaciones de condonación, en circunstancias bien definidas, se ha demostrado, al cabo, como una de las causas del fracaso al que se abocaron alguna de las operaciones de reforma. Al tiempo que el éxito de otras (como el caso de Polonia) se explica, en parte al menos, por el discriminatorio trato de favor que el país recibió de los acreedores, motivado por razones de interés geoestratégico fáciles de comprender. Un tratamiento que, sin embargo, le fue negado a otros países de África o de Latinoamérica.

Por último, la tercera conclusión se refiere a la insistencia con que el autor pondera el papel que la geografía tiene en la determinación de las posibilidades de desarrollo de los pueblos. Se trata de una tesis muy querida para Sachs, que desarrolló analíticamente en varios trabajos elaborados con otros colegas de la Universidad de Harvard. Su radical planteamiento inicial rezumaba un incómodo determinismo geográfico, lo que propició un sonoro debate en el que participaron un buen número de analistas del desarrollo. Frente a la tesis de Sachs se erigieron aquellos que, como Rodrik, insistieron en la precedencia de las instituciones y de los marcos normativos –respecto a la geografía– en la explicación del desarrollo. El cruce de estudios y de resultados empíricos de signo diverso ayudó a atemperar los primeros planteamientos más radicales, hasta situar –entiendo yo– a los obstáculos geográficos en el nivel de un factor más entre los posibles condicionantes del desarrollo. En el recorrido que Sachs hace en el presente libro vuelve una y otra vez sobre este tema para explicar los problemas que afrontan los países objeto de análisis y, muy particularmente, los cerrados al mar y localizados en el entorno de los trópicos.

La segunda parte del libro tiene un tono más prescriptivo y pretende recoger las medidas que donantes y receptores deben poner en marcha para garantizar la superación de la pobreza. Se trata de la parte más interesante del libro, la más rica en contenidos y la más novedosa. No en vano recoge alguna de las conclusiones más centrales de las dos importantes Comisiones de Naciones Unidas que el propio Sachs presidió: la *Macroeconomic and Health Commission* y la *UN Millenium Project*. Se trata, en ambos casos, de Comi-

siones que concitaron a relevantes analistas internacionales, que desarrollaron un trabajo gigantesco a lo largo de los últimos cuatro años y que dieron lugar a Informes voluminosos, que gozaron de amplio eco.

No es extraño, por tanto, que sea excelente el capítulo que Sachs dedica a analizar los problemas de salud que padece el mundo en desarrollo, particularmente África (*The voiceless dying*), recogiendo buena parte de las conclusiones de la *Macroeconomic and Health Commission*. Y son también muy sugerentes los capítulos que el libro dedica al análisis de las causas de la pobreza, que rememoran (sin citarlos) los trabajos de los pioneros del desarrollo, como Nurkse, Myrdal o Rosestein Rodan; el que dedica al análisis de experiencias exitosas, tanto a nivel agregado de la comunidad internacional como en el ámbito de las iniciativas locales; o el que dedica a analizar los costes que comportaría poner en marcha un proceso de desarrollo autosostenido. El libro recoge, por lo demás, una buena colección de propuestas para vencer la pobreza, la mayor parte en línea con las que se derivan de su reciente informe *Investing in Development*, que emanó de los trabajos del *UN Millennium Project*¹. Unas propuestas que obligan a operar en torno a lo que Sachs denomina los «Big Five», a través de un esfuerzo inversor en: i) desarrollo agrario; ii) salud básica; iii) educación; iv) energía, transportes y comunicaciones; y v) en agua y saneamientos. Se trata de cinco aspectos que, en opinión de Sachs, operan como desencadenantes de los procesos de desarrollo, con un efecto multiplicador sobre las posibilidades de reducción de la pobreza.

Desde esta perspectiva, resulta también digno de ser subrayada la insistencia con la que Sachs argumenta la necesaria implicación y respaldo financiero de los donantes. Al tiempo que desmonta los argumentos que éstos suelen ofrecer para eludir su compromiso, muy relacionados con la presencia de despilfarro, de corrupción o de mal gobierno en los países receptores. En sus propias palabras, «el mayor problema hoy no es que los países mal gobernados reciban demasiada ayuda, sino que los bien gobernados obtienen demasiada poca» (pág. 269).

Haciendo balance crítico de esta parte del libro, llama la atención el inadvertido retorno que Sachs hace a la literatura del desarrollo de los años cincuenta. Se trata de una vuelta a los conceptos de «trampa de la pobreza», de «círculo vicioso del ahorro», de «gran empujón», de «complementariedades inversoras», que subyace a la argumentación y a las propuestas de Sachs. Un hecho que resulta tanto más sorprendente si se tiene en cuenta: en primer lugar, la matriz neoclásica de la que parte Sachs; en segundo lugar, el ostracismo al que había sido condenado este tipo de literatura por parte de la corriente dominante de la teoría del crecimiento.

Más allá de estos aspectos de carácter más bien doctrinal, es inquietante la excesiva confianza que Sachs tiene en las medidas relacionadas con la concentración del esfuerzo inversor, como si de ellas derivase obligadamente el desarrollo, sin más mediaciones. De hecho, esos planteamientos dieron lugar en el pasado a megaproyectos inversores en infraestructuras, que al cabo se demostraron de baja rentabilidad social (por carecer de la

¹ <http://www.unmillenniumproject.org/reports/index.htm>

demanda para su adecuado aprovechamiento y de los recursos para su sostenibilidad), generando un muy limitado efecto sobre la pobreza. La crítica a las insuficiencias de ese enfoque dio lugar al surgimiento de la doctrina de las «necesidades básicas», que está en la base histórica del nuevo concepto de desarrollo humano.

Una segunda deficiencia de esta visión, limitadamente constreñida a las necesidades de ahorro externo de los países en desarrollo, es su desconsideración de los condicionantes que el entorno internacional impone a las posibilidades de desarrollo de los países más pobres. Pareciera que una vez que se dispone de los recursos, el desarrollo surge de manera natural, cualesquiera que sean las condiciones propias del sistema de regulación del comercio, de las finanzas o de la transferencia de tecnología a escala internacional. Las reclamaciones del mundo en desarrollo en pos de un Nuevo Orden Económico Internacional, a comienzos de los setenta, evidenciaron la relevancia que estos aspectos internacionales tenían para los países del Sur.

En suma, hubiese sido bueno por parte de Sachs un mayor análisis de lo que ha sido la doctrina y la experiencia del desarrollo en el pasado, para evitar descubrir mediterráneos tres décadas después de haber sido transitados. En este sentido, entre las enseñanzas que se derivan de la experiencia del desarrollo, dos parecen de especial relevancia para lo que aquí se quiere comentar. En primer lugar, que tan importante como operar desde la oferta, aportando recursos a través de la concentración del esfuerzo inversor, es actuar desde la demanda, motivando cambios en las valoraciones y conductas sociales y en las instituciones que las articulan. Y en segundo lugar, que tan importante como motivar procesos de cambio en los países, es promover alteraciones en el marco internacional en el que esos países están insertos, ampliando las posibilidades que el comercio, la tecnología o las finanzas internacionales proporcionan a los países en desarrollo. Ni uno ni otro aspecto están debidamente considerados en el trabajo de Sachs: en el primer caso, porque toda la atención se centra en los recursos necesarios para promover los cambios que se sugieren; en el segundo, porque apenas se presta atención al marco internacional disponible.

Y son estas dos carencias las que confirman una impresión que rezuma todo el análisis: la de encontrarnos ante un nuevo arbitramento de carácter humanitario, tan bien intencionado como simplificador (por no decir ingenuo). Una simplificación que deriva de esa excesiva confianza en el saber técnico, en parte descontextualizado, como sustento de una propuesta que tiene mucho de ingeniería social. Nada sugiere que Sachs se haya preocupado por estudiar la literatura del desarrollo y los debates a los que esa doctrina ha dado lugar; y él mismo reconoce que su acercamiento a la realidad del mundo pobre es relativamente reciente. Ninguna de estas carencias le incapacita para un análisis sugerente y novedoso, pero tal vez le aconseje mayores dosis de prudencia (y de capacidad crítica) en la construcción de alternativas redentoras.